

SOLEMNE EUCARISTÍA POR LAS VÍCTIMAS DE NIZA

San Nicolás, Alicante 20 de julio de 2016

Hermanos:

Juntos hemos rezado el Salmo: “El señor es mi pastor, nada me puede faltar”. Así es porque gozamos de su amor cuando parece que todo está perdido; lo es cuando sentimos la dicha de su cercanía y experimentamos que Él nos defiende, nos invita a gozar ya de la dulzura de su amor, de su gracia y de su fuerza. Entremos por unos momentos en esa luz y en esa experiencia de salvación.

Una tragedia provocada por mano humana ha puesto de luto a nuestros pueblos, después de inundar de dolor a la ciudad de Niza. Mano humana la que ha quitado la vida de hombres y mujeres, gente más mayor y niños, despeñándonos en la experiencia del terror indiscriminado que usa en el fondo de sus acciones el nombre de Dios, a quien las grandes religiones confesamos como el señor de la Vida, el que es Compasivo y Padre de Misericordia.

Hoy nosotros volvemos a experimentar que la fe, lejos de hacernos sentir menos conmovidos ante este sufrimiento, nos impulsa a la fraternidad, que es una palabra Sagrada dentro del imaginario de nuestra nación hermana Francia, donde tiene especiales resonancias.

Ante la situación de dolor de drama de Niza, no queremos quedar paralizados por el miedo o la aflicción. El Evangelio nos invita a la vida; el Evangelio es la Buena Noticia, es Jesucristo mismo, nuestra resurrección y nuestra vida, que nos convoca a descubrir que en verdad el otro es un hermano por muy diferente que sea.

Hermanos: al mismo tiempo que lloramos y vemos que desde nosotros no tenemos salidas, y no hay explicación, escuchamos a Jesucristo que nos dice: “Yo soy la Resurrección y la Vida”. Aquí está la dicha y la luz, en Él y en como nos dice San Pablo: “Nada nos separará del amor de Dios”.

Benditos quienes ante la muerte provocada deciden construir ámbitos de vida, tal como Jesucristo nos ha enseñado. También la oración del Padrenuestro, que salió de sus labios, es gran referente que el Señor nos ofrece en momentos así. No son sólo palabras, es un modo de ser y de situarse en la vida: importa sabernos hijos de Dios y, por ello, hermanos de todos los hombres.

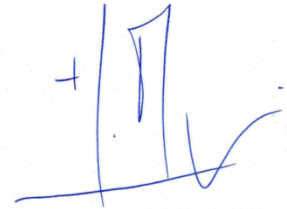
A prendamos a decir y vivir diciendo Padrenuestro; así vendrá la paz, paz en el corazón, en las relaciones interpersonales, en las relaciones internacionales. Es verdad que esa paz es una

tarea permanente, pero también, y sobre todo, es un don de Dios que hay que pedir sin cesar y que hay que saber acoger.

Y recordemos nuestra responsabilidad: el bien máspreciado, el que tiene que estar en el centro de todo, es la persona humana. No defraudemos a Dios y a los hombres: Esta tragedia nos debe llegar a ejercer la sabiduría y la prudencia, y ello sin anestesiarnos ante el dolor ajeno. No podemos permanecer insensibles ante las grandes tragedias humanas que llaman a nuestras puertas, como las personas víctimas del fundamentalismo, de la violencia o del hambre.

No dejemos ganar al terrorismo. Su mayor victoria sería enajenarnos el alma; el alma de una Europa construida sobre unos valores de honda raigambre cristiana y que son especialmente necesarios en este tiempo. Esos valores tienen una definición: “todos los hombres somos hermanos”; “la vida es de Dios y nos la da El”. Nunca olvidemos que la fraternidad, sabernos hermanos, sabernos hermanos, nace de la realidad de un Padre común, de la realidad de ser “hijos de Dios”.

Quien nos enseñó el Padrenuestro, nos reveló y nos dijo con su vida que somos hijos de Dios y hermanos de todos los hombres, se va a hacer presente en este altar, dentro de unos momentos en el Misterio de la Eucaristía. Es El quien nos impide vivir ignorando a quienes han muerto y están heridos por el terrorismo y quien nos dice: “Yo soy la Resurrección y la Vida”. Al mismo tiempo que nosotros le pedimos: “Señor que descansen en tu paz”. “Dales el descanso eterno”. Así sea.



✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante